

CARME CHAPARRO

VENGANZA



ESPASA

CARME CHAPARRO

VENGANZA



© Carme Chaparro, 2025
(representada por la Agencia Dos Passos)
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: septiembre 2025

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 13.721-2025
ISBN: 978-84-670-7595-3

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Gómez Aparicio
Impreso en España-*Printed in Spain*



1

El placer nos desactiva. Adormece nuestras defensas.

Y nos convierte en presas fáciles.

El paparazi lo repite en silencio, como un mantra, mientras ajusta el objetivo de su cámara. Cada parte de su cuerpo cruje, pero aguanta. Ha entrenado sus nervios para no temblar, ni siquiera ahora, soportando el peso de horas de espera en la penumbra. El dolor de sus rodillas clavadas contra el suelo de madera y los pinchazos que le recorren las piernas apenas importan. Lo que está a punto de capturar vale mucho más que su incomodidad. Más que una vida entera, incluso. Podría ser cuestión de dinero. Siempre está el dinero. Claro. Pero esta noche, sobre todo, es cuestión de venganza. Ajusta el *zoom* con la precisión de un cazador. Se permite unos instantes para disfrutar del momento.

Desde su posición oculta en la oficina abandonada, con el suelo cubierto de polvo y papeles amarillentos, apenas respira. Observa fijamente por el visor de la cámara, esperando, por fin, un golpe de suerte. Nunca ha deseado tanto atrapar a una presa como a aquel hombre.

Y por fin...

... a veintiséis metros de distancia, al otro lado de la calle, en la habitación de un hotel, intuye un resquicio de luz. Se abre una puerta.

—Ya te tengo, cabrón —sentencia en voz alta.

Contiene la carcajada. Si algo le tiene que exigir ahora a su cuerpo, es templanza y precisión. La imagen que necesita capturar puede estar disponible apenas durante un segundo. Respira lento, inmóvil, en la penumbra. Se pregunta qué estará pasando tras las paredes de la *suite* de hotel, al otro lado de la Gran Vía de Madrid. No lo sabe, pero puede imaginarlo, y eso le dispara la adrenalina.

«Imbécil, no te despistes —se regaña a sí mismo—. Quizá solo tengas una oportunidad. Las cortinas están echadas. Tendrás que ser muy preciso».

Trata de no dejarse deslumbrar por el luminoso publicitario y fuerza a sus ojos, entrenados a mirar, a seguir pendientes de la oscuridad que reina tras las ventanas. No hay luces encendidas. Sabe que el equipo de seguridad de su presa le ha enseñado a tomar precauciones, aunque estar allí, en ese momento, sea el mayor error de su vida.

O eso espera el paparazi.

Porque el placer, y él lo sabe muy bien, abre la puerta al error.

Y él espera, de ese hombre, un error monumental. Quizá el primero de su vida.

Pasa un rato. Un buen rato. A pesar de los años de entrenamiento, de las eternas guardias, del frío y el calor, de la lluvia, del hambre, de las ganas de ir al baño, de la vida perdida en las esperas, a pesar de todo lo que ha sufrido para conseguir las mejores exclusivas de su vida, el fotógrafo siente que, pese a su optimismo inicial, quizá esta noche está perdiendo el tiempo. Que será otra cacería inútil.

Y entonces, casi como un milagro, una mano de mujer desplaza ligeramente una de las cortinas como quien está abriendo el telón de un teatro, y su dueña —joven, tersa y poderosa— se asoma al ajetreo de la calle. En ese mismo instante, en el cielo, una nube se desliza y hace que la luna llena encaje a través del cristal como un foco colocado a propósito para iluminar lo que está ocurriendo.

La escena comienza a desplegarse frente a su cámara. La chica, de rasgos asiáticos, da un par de pasos hacia atrás, todavía mirando a través de la ventana. Vestida solo con un tanga azul, sonríe con esa picardía de los amantes que aún no han explorado todo. Como en un juego, se pega algo al pecho izquierdo. El paparazi siente que se está exhibiendo ante él, ajusta el *zoom* y fotografía lo que le parece un pequeño papel blanco y rectangular, del tamaño de la palma de la mano, que se queda pegado al pezón de la chica como un cebo al que acude enseguida él.

Por fin llega la recompensa.

Carlos Manso aparece en escena. Está de espaldas, con un albornoz que se adivina entreabierto, como si el mundo entero le perteneciera. Incluso en su desnudez.

Dispara. Dispara. Dispara. Cada presión del dedo es una daga que atraviesa meses de ira contenida. El obturador se cierra y abre en fracciones de segundo, capturando las sombras de la escena al

ritmo de los latidos acelerados del corazón del paparazi, que siente la tensión en cada fibra de su cuerpo. El riesgo de ser descubierto, el sabor de la venganza, la adrenalina de las veces que valen la pena. Sabe que cualquier destello, cualquier reflejo mínimo, puede ser suficiente para delatarlo y echarle encima a los guardaespaldas del hombre al que quiere destruir. Así que se queda allí, inmóvil, controlando incluso el parpadeo de sus ojos.

Dispara varias ráfagas, precisas como un cuchillo afilado.

La cámara captura cómo Manso, aún de espaldas, agacha la cabeza y lame, con una delicadeza que roza la devoción, ese extraño papel que la chica se ha colocado sobre el pezón. La lengua del magnate se desliza con un ritmo pausado, trazando círculos y senderos invisibles, jugando entre lo delicado y lo intenso, entre el susurro y la presión. Cada movimiento es una promesa, un baile sutil entre el deseo y el respeto.

Entregado del todo.

Pero así, de espaldas, no le vale.

—Gírate, hijo de puta. Gírate —ordena, como si él pudiera oírle.

Necesita que se le vea con claridad. Para que no haya dudas. Para que valga la pena. ¿Quién va a creerse que ese hombre de espaldas, vulnerable, desnudo, entregado, sea Carlos Manso?

La luna vuelve a iluminar la ventana y el fotógrafo imagina, sobre las sábanas de la cama, restos de cocaína, de fluidos vaginales, de saliva, de sudor, de alcohol, de lubricante. Imagina todo lo que habrá ocurrido mientras las cortinas estaban echadas y la luz apagada.

«Céntrate, idiota —se dice—. Quizá solo tengas una oportunidad para hacer el disparo de tu vida».

—Date la vuelta, cabrón, date la vuelta —insiste en voz alta.

Pero todo desaparece. Como si no hubiera existido nunca, la escena frente a la ventana abierta se convierte en un agujero negro. La pareja se ha movido hasta quedar oculta tras la pared. El paparazi maldice su suerte. Otra vez. Tanto tiempo, para nada. Tantas guardias, tantos sobornos, tantas ilusiones, para nada.

Sin embargo, para ejecutar una venganza, nunca puede perderse la paciencia, así que decide esperar. Un poco. Solo un poco más. Sabe que se ha quedado al borde de capturar una historia que podría derrumbar un imperio.

De repente, por el rabillo de su entrenado ojo izquierdo, algo le llama la atención. La puerta de la terraza, en la esquina de la *suite*, empieza a deslizarse. No puede ser. Manso nunca saldría, nunca cometería esa imprudencia.

Pero el placer, hay que recordarlo, desactiva nuestras defensas.

La chica, casi una cría, parece arrastrarlo hacia el exterior, aunque lo que ocurre no es más que una danza codificada entre el deseante y la deseada: una entrega pactada entre el anhelo y la carne que lo obedece.

Ahora sí. Rápido. Rápido. Rápido. Dispara.

Las fotografías captan cómo allí, al aire libre, restriegan sus cuerpos, cómo se lamen, se unen y se separan, cómo ríen y se tocan, cómo no parece importarles nada más que ellos, mientras buscan el orgasmo en el estrecho espacio semicircular que corona uno de los edificios más emblemáticos de Madrid. La piel del paparazi se eriza por la adrenalina de lo que sucede ante su objetivo. La mujer empuja a su amante hacia la barandilla, una barra semicircular de cemento que rodea toda la terraza. El hombre camina torpemente hacia atrás, entregado al placer.

Su cara es inconfundible.

El paparazi dispara como si cada fotografía fuera una declaración de guerra.

La pareja llega hasta la barandilla, un límite tangible entre su pequeño universo y el vasto abismo que se extiende a sus pies. Ella cuchichea a su oído y, en un gesto extrañamente ágil para su edad, el hombre se sienta sobre el hormigón, cerrando los ojos con la confianza ciega de quien cree que controla incluso al destino. La chica desliza la lengua por el cuerpo del magnate hasta que desaparece de la vista del fotógrafo, que no necesita verla para saber qué está pasando. Su imaginación, afilada por la rabia y la venganza, lo llena todo.

Enfoca el objetivo con precisión quirúrgica sobre el rostro de Manso. Su cara, siempre tan pétrea y controlada en las imágenes públicas, se derrite ahora en una mueca grotesca de placer. Cada línea de su rostro vibra con la tensión de un orgasmo que está a punto de explotar. El fotógrafo se convierte en testigo de la rendición de un hombre invulnerable, de un hombre que lo tiene todo, reduciéndose a un amasijo de instintos primarios hasta que su cuerpo se sacude de manera espasmódica y torpe.

No parpadea, no respira. Sabe que está capturando algo más que una escena de sexo: está documentando la caída de un titán.

Justo entonces, mientras su cuerpo tiembla sobre la barandilla, Manso siente un escalofrío que no proviene del frío de la noche, sino de una imagen de la infancia, que le llega brutal y nítida: su padre, dirigiéndole la palabra con desprecio.

—Los cobardes acaban en el infierno de la vulgaridad, Carlos.

El paparazi tiene que ponerse en pie para lograr una mejor imagen de los dos. Apoya la mano contra la madera del suelo y sus rodillas, entumecidas, protestan con un temblor sordo mientras las fuerza a levantarse. Coge de nuevo la cámara, pero sucede algo que lo descoloca. Su dedo se paraliza sobre el disparador. Manso, que parecía una estatua coronando el edificio, comienza a inclinarse atrás hacia el vacío. Lento al principio, pero enseguida, acelerándose con la implacable velocidad de la gravedad.

Tras la barandilla de la terraza no hay nada.

Y cae.

Cae de espaldas, como un submarinista lanzándose al mar, aunque aquí no lo recibe el agua, sino el aire gélido que acaricia la ciudad. El movimiento es violento y grotesco. Todo pasa muy rápido. El albornoz de Manso se enreda en el letrero luminoso de la marca de refrescos que preside el edificio desde hace décadas. El cartel chisporrotea unos segundos, con un destello extraño, y se apaga. Y vuelve a encenderse. Y se apaga de nuevo. La luz amarilla intermitente es como un faro que llama la atención de los cientos de viandantes que abarrotan la plaza de Callao y que, cuando alzan la vista, ven a un hombre que se balancea, semidesnudo, colgado de la letra W.

Y esa será la fotografía que pervivirá en la memoria de la sociedad. Ni el tiburón al que nadie se atrevía a mirar de reojo. Ni el emporio empresarial. Ni décadas manejando a su antojo parte de la opinión pública del país.

Cuando mueres, ya no controlas tu propio relato.

Y Carlos Manso había dejado de hacerlo en ese instante.

Desde esa noche, don Carlos Manso del Valle no será recordado como el titán que lo tenía todo bajo control, sino como el putero que la palmó colgado de la W del cartel de Schweppes del edificio más icónico de la Gran Vía madrileña, con un albornoz abierto que

dejaba ver su pene flácido meciéndose al viento de la noche como el badajo que apenas asoma bajo una campana, en directo en decenas de redes sociales de locales y turistas que gritan, unos metros más abajo.

El placer nos vuelve vulnerables. Desactiva nuestras defensas. Nos aletarga en una nube de felicidad.

Y nos convierte en presas fáciles.

Cuando mueres, la gente deja de pensarte con sorprendente rapidez. Primero eres noticia. Luego, anécdota. A los tres o cuatro meses, apenas queda una sombra fugaz en alguna conversación perdida —«Ay, pobrecito, ¿te acuerdas?»— mientras el mundo sigue girando con la impaciencia de siempre, atropellado por su propia urgencia. Y solo poco después, te diluyes en el ruido de lo cotidiano. Las anécdotas pierden detalles, como un dibujo borroso expuesto demasiado tiempo al sol del que apenas quedan trazos.

Pero Carlos Manso no estaba dispuesto a ser uno más.

Había pasado los últimos años diseñando, con precisión quirúrgica, el recuerdo que dejaría en el mundo y que pretendía extender durante generaciones. Todo estaba previsto. Calculado. Planeado hasta el más mínimo matiz para seguir teniendo el control de su propio relato incluso después de muerto. No solo en los primeros días, cuando la cortesía impone una tregua y nadie osa criticar a un cadáver aún tibio. Sino más tarde. Mucho más tarde.

Quería ser constante, permanente. Quería ser mármol. Un César presidiendo las calles del imperio. Historia con mayúsculas.

Porque los grandes hombres, los verdaderos visionarios, no solo piensan en su generación. La rebasan. La colonizan más allá del tiempo en el que les ha tocado vivir.

Carlos Manso nunca pensó, sin embargo, que ese plan tuviera que activarse tan pronto. El engranaje frenético de Magnum Media Group, el emporio de medios de comunicación y redes sociales del que poseía el cincuenta y tres por ciento, se pone en marcha como una maquinaria bélica la misma madrugada de su muerte. Usado tantas veces como trituradora para destruir gobiernos, pisotear negocios, elevar a ineptos y coronar a reyes, debe convertir a ese meme semidesnudo, colgando de un cartel luminoso, en un mártir visionario que murió como vivió: por encima del mundo. El reto es titánico: borrar el escarnio digital, moldear el relato, comprar silencios, fabricar homenajes, reescribir la humillación como

tragedia griega y blindar la memoria de su fundador tras haberse convertido en chiste. Mundial.

Quien puede hacer, hace. Quien tiene el número adecuado, lo marca. Quien tiene el algoritmo, lo ajusta. Así funciona el poder cuando el rey ha caído y toca limpiar la sangre del trono. Los teléfonos marcan números importantes, de los que se almacenan en agendas con seudónimos. Los algoritmos de las redes sociales se trastocan para ocultar los vídeos que no se deben ver. Jefes de Estado y de Gobierno mandan condolencias públicas. Se habla poco y se actúa rápido. Los medios de Magnum Media Group empiezan su labor con eficiencia servil, como un ejército bien entrenado, sin cuestionar, sin titubear, sin mirar hacia ningún otro lado. En cuestión de horas, el relato oficial queda claro: el maestro del periodismo, el hombre que presumía de haber modelado la comunicación de un país y de parte del continente, el rey indiscutible de las ondas, el cronista de una era —que escribió con renglones no siempre limpios—, un empresario como no se repetirá en décadas, ha fallecido de un ataque al corazón.

Pero, fuera de su burbuja, y por mucho que algunos dueños de aplicaciones ordenen manipular el código para mostrar *otras* cosas, la avalancha no puede pararse y las redes sociales son un hervidero de memes, teorías y burlas. La verdad oficial, entonces, se convierte en algo irrelevante. Lo que cala es el relato que se construye en los teléfonos móviles de miles de personas que esa noche habían grabado, fotografiado y compartido el final de Carlos Manso. Las imágenes del cuerpo colgado tomadas por decenas de turistas y madrileños, las de los intentos infructuosos de la enorme grúa de los bomberos tratando de llegar a la altura del cartel luminoso para sacarlo de allí y las de varios especialistas escalando el edificio para asegurarlo y evitar que se cayera al vacío, se repiten en las pantallas de una España que esa noche no duerme. Disfruta.

Y, también, en las de un mundo que queda fascinado por la historia. Otro en el que algunos sacan el champán de la nevera. Y uno más, los puñales.

Nada de eso, sin embargo, se ve en los medios de Magnum Media Group. Los periodistas a sueldo de la familia Manso compiten por el titular más lacrimógeno y servilista. Incluso, en uno de los momentos más vergonzosos para la profesión, uno de los presen-

tadores de televisión enciende una vela sobre la mesa del plató, pidiendo a los técnicos que bajen la intensidad de las luces. La llama se mueve en la penumbra, como un suspiro luminoso perdido en el vacío. Es pequeña, pero vibrante. A medida que el objetivo de una de las cámaras se acerca, el fuego atrapa al espectador con su ritmo dorado y naranja meciéndose de manera hipnótica, mientras el presentador, impostando una voz chirriantemente solemne, declama: «En el palacio de Versalles, hogar de los grandes monarcas de Francia, apagaban un cirio cuando moría el rey. Hoy ha muerto el rey de la comunicación, un hombre que era nuestro sol; hoy apagamos la llama de su vida y encendemos la de su legado».

El periodista sopla, de manera ridículamente suave, la vela. Luego compone una especie de cara de funeral y simula contener una lágrima. Imposta un puchero. Es ridículo, obscenamente artificial, pero ahí está, en directo, en horario de máxima audiencia.

Desde su casa, Santiago Munárriz, forense, mira el televisor con cara de asco. «Ojalá volviera a dar vergüenza ser gentuza», piensa. No ha dormido en toda la noche, enganchado en cascada a cualquier fuente de información sobre el fallecimiento del magnate: la tele, la radio, las redes sociales, los mensajes en los grupos de WhatsApp entre forenses o los de sus amigos en la policía. «El Gobierno contiene la respiración», le dicen unos desde Moncloa. «Manso era su peor azote y no saben por dónde van a ir los tiros ahora, no quieren hacer un movimiento en falso», comenta otro. «El cuerpo tiene varias marcas extrañas, necesito que me digas rápido qué son. Vete ya para el anatómico y me cuentas», le exige el juez que levanta el cadáver. «¿Sabes que el bombero que ha recuperado el cuerpo vomitó mientras estaba colgado del arnés, cuando vio el estado del tipo?», le comenta un agente de la policía local de Madrid. «Dicen que había una mujer con él en la habitación, pero no la han encontrado —escribe otro—. Los de homicidios están como locos investigando». «Ten cuidado, compañero: esta autopsia es de alto voltaje; te la juegas», es la advertencia de un colega forense.

«Blanca, siento despertarte, ¿te importa subir hoy antes? Me toca Manso», escribe en el móvil a las siete y media de la mañana. Y a Blanca, la vecina del primero, una mujer de sesenta años que ha trabajado siempre en una guardería, pero se quedó en el paro

dos años atrás, le falta tiempo para saltar de la cama y correr a por su Emmuchy querida. Que ya está despierta y con ganas de juerga.

—¡¡Ayy, mi cosita!! —La abraza, en cuanto entra en el piso, llenándola de besos—. Ven aquí, mi Emma linda. Que es muy pronto, pero si quieres, vamos a hacer algo rico para desayunar.

—¡¡Sí, sí!! —responde, entusiasmada, la pequeña.

Santi le da un último beso en la frente a su hija, y cuando se marcha, mirándola, no puede dejar de pensar en lo que se parece a su madre. A Berta.

No llueve, pero el frío helador del rocío de la mañana se le cala a Santi hasta los huesos, a pesar del traje de motorista. Antes de llegar al Instituto de Medicina Legal, y por primera vez en mucho tiempo, siente unos pinchazos en la boca del estómago.

Cree que va a vomitar.

Sobre una camilla de acero inoxidable, desnudo, despojado de su séquito de aduladores y de su poder, Carlos Manso es un muerto más. O debería. Porque hasta el Ministerio del Interior ha mandado a un emisario a supervisar la autopsia.

Hoy, Santi tendrá público. Los rostros se alinean alrededor de la mesa de autopsias. Fríos. Atentos. Por obligación. Por curiosidad. Incluso por venganza.

Las luces blancas convierten el centro de la sala en el escenario de un anfiteatro quirúrgico, donde el cuerpo del magnate será el protagonista de un último espectáculo, expuesto como en uno de esos últimos *shows* que tanto dinero le daban.

Hay una tensión extraña en el aire, una expectativa densa, no científica, tampoco profesional, algo más supersticioso. Como si los espectadores esperaran encontrar dentro de ese cadáver algo especial: el poder que solo unos pocos alcanzan convertido en una víscera del cuerpo que justificase todos sus triunfos. O quizá, la prueba física del mal, un residuo orgánico alojado en alguna cavidad, piedra a piedra.

El hombre que en vida dictaba titulares ahora es solo carne vendida. Sudor seco. Un olor que empieza a corromper. Carlos Manso reducido a la nada. A un cuerpo desnudo, viejo y pudriéndose sobre una mesa de acero.

Y Santi lo sabe. Mientras once personas le esperan, se prepara con la calma de un actor que domina su monólogo. Saca un pequeño altavoz de la mochila y lo conecta a su móvil. Como elegida a propósito, suena «Insurrección», de El Último de la Fila. La tararea en voz muy baja mientras ordena los instrumentos médicos sobre una larga mesa, disfrutando del eco metálico que rebota en las paredes. Ejecuta los movimientos con calma sobria, como un bailarín de *ballet* a cámara lenta, deleitándose en la idea de estar poniendo nerviosos a los censores que han mandado a espíarle. Cada gesto parece una provocación controlada.

—¿Es necesario poner música? —pregunta uno de los mandos policiales.

—Así me concentro mejor —responde el forense, sin mirarlo.

Miente. La música no es para concentrarse; es un escudo. Un campo de fuerza emocional que lo separa del murmullo mental de los presentes, de los prejuicios que les adivina tras esos cráneos mediocres y grises. De su ignorancia. De sus miradas.

—Bueno, pues vamos al lío —dice al fin, con una media sonrisa, fingiendo estar encantado de tener público esa mañana, aunque la mirada que les lanza está cargada de desafío, como si invitara a alguno de ellos a atreverse a interrumpirlo—. Por cierto, no crean esas cosas de las películas americanas en las que dicen que poniéndose mentol bajo la nariz esto va a dejar de apestar. En cuanto abra por aquí, y por aquí, y por aquí —señala la cabeza, el tórax y los genitales—, la cosa se va a poner interesante. Disfruten del espectáculo.

Respira hondo. Cierra los ojos un segundo y comienza el procedimiento con la precisión de quien lleva años en el oficio.

Antes de abrir un cuerpo, Santi siempre se coloca frente a él, a sus pies, mirándolo con seriedad, en una ceremonia que repite mentalmente al inicio de cada autopsia, para rendir respeto a la persona a la que va a partir en trozos. «Estoy aquí, me debo a ti, soy tu última conexión con el mundo de los vivos. Cuéntame lo que debo saber antes de decirte para siempre adiós».

Pero con Manso es distinto. Quizá a los hombres como él no haya que vengarlos.

Santi se acerca al cuerpo, aproximando su cara a pocos centímetros de la piel. Lo inspecciona sin tocarlo, rodeando la camilla

como un depredador que examina su presa. Sus ojos se detienen en un detalle que salta a la vista: cicatrices.

No quirúrgicas.

No accidentales.

Pequeñas incisiones irregulares, superficiales, como heridas de ritual, hechas por manos inexpertas, como trazos infantiles probando su habilidad sobre un papel. Algunas recientes, otras antiguas. Todas mal curadas. Ninguna suturada. Ninguna coherente. Ni siquiera el lugar en el que están lo es.

—¿De qué ha muerto? —interrumpe sus pensamientos una voz seca e impaciente.

Santi no responde. Se ajusta los guantes. Acomoda el bisturí en la mano.

—De lo mismo que otras ciento sesenta mil personas ayer —contesta, al fin.

—¿Cómo? —El tono es incrédulo.

No gira la cabeza. Se limita a dar una explicación concisa y con voz cortante.

—La muerte no es original. Ni siquiera para tipos como Manso.

El silencio es tenso. Uno de los presentes carraspea. El curioso, obligado por la presión ambiental para no quedar mal, insiste.

—¿Quiere explicarse mejor?

Santi desliza el bisturí en la piel envejecida.

Una T perfecta se dibuja en el pecho del cadáver. La piel se abre despacio, como una fruta madura que cede a la hoja afilada. Santi levanta la mirada y, por primera vez, mira a su interlocutor a los ojos. Es un mamarracho enviado por un alto cargo político. Lleva el bisturí en la mano, goteando sangre roja y espesa.

—Fíjese —habla con ese tono dulce y enervante de quien intenta explicar algo evidente a un niño. Sus palabras caen lentas, revestidas de falsa paciencia y superioridad disfrazada de cortesía—, cada año hay sesenta millones de cadáveres humanos nuevos en la Tierra. Todos mueren de formas que ya se han visto antes. Ni para eso somos originales. Ni siquiera el señor Manso. —Parece sonreír—. Hay muy pocas personas llamadas a ser las primeras en morir por primera vez de algo.

La sala se queda en silencio. Casi todos los asistentes ya habían sido advertidos del carácter indomable y asocial de ese forense

superdotado. Pero lo que no les habían explicado —y ahora entendían— era el efecto Munárriz: una presencia que abre tu cuerpo sin necesidad de bisturí. Su voz, empapada de condescendencia, es una caricia envenenada, destinada a subrayar que su interlocutor nunca va a estar a su altura y que cualquier intento de respuesta es un acto inútil. El forense vuelve a girarse hacia el cuerpo, repasándolo, dando vueltas a su alrededor, mientras su asistente hace fotografías y una cámara instalada en el techo lo graba todo.

—De hecho —dice, en un momento dado, dirigiéndose a los espectadores—, cualquiera de ustedes podría estar sobre esta mesa en los próximos minutos. —Se escuchan voces de protesta. Santi no solo las ignora, sino que se deleita en ellas—. La única certeza que tenemos en la vida es que todos nos estamos muriendo. Unos a más velocidad, otros de forma más lenta. Y algunos... de manera repentina e inesperada. Apenas un pestañeo y, ¡chas! —eleva el tono de voz, asustándolos—, se acabó. Así que, en principio, nada les asegura salir vivos de esta sala. No se crean tan especiales por estar ahí de pie, en vez de tumbados en esta camilla. ¡Ah! Otra cosa —añade, con una media sonrisa, sin dejar de trabajar sobre el cadáver—, tratamos de desinfectar bien todo..., pero, a veces, las salpicaduras llegan más lejos de lo que uno espera. Y no se imaginan lo que puede llegar a salir de un cuerpo. —Hace una pausa—. Eviten tocar las paredes en las que están apoyados. Con esos dedos se llevan ustedes todo a la cara. Veintitrés veces por hora. Trescientas sesenta y ocho al día. Me imagino que no querrán meterse ese tipo de cosas en los agujeros de su cuerpo. —Vuelve a hacer otra pausa, teatral—. Me imagino.

—Ya nos habían dicho que usted era un poco difícil —gruñe el secretario judicial, un tipo barrigón y canoso, vestido con vaqueros y una camisa de manga corta a cuadros que gritan su desdén por la coordinación estilística.

Santi levanta una ceja. Ni se molesta en disimular su desprecio.

—¿Solo un poco? —ironiza—. Qué decepción —se burla con la misma parsimonia con la que parece trabajar. Hace girar el bisturí entre los dedos como si fuera una pluma, para que reluzca bajo la luz quirúrgica—. Con contadas excepciones, la humanidad no es algo con lo que tenga curiosidad por interactuar.

Su sonrisa es fina como la hoja de su escalpelo.

El ambiente en la sala se vuelve tan denso como la sangre coagulada. Nadie se atreve a responder. Santi se crece. Se alimenta de la incomodidad. Y trabaja. Coge el costótomo. Crujido. El corte de las costillas resuena en la sala como un latigazo mecánico. Crujido. El esternón cede. Crujido. Chasquidos que mezclan lo orgánico y lo mecánico.

—Ahora empezará a oler algo más fuerte —les advierte—. ¿Alguno quiere una mascarilla? —Espera un par de segundos—. ¿No? Valientes. Si no hay más preguntas, déjenme hurgar con tranquilidad. Ya los veo mandando mensajes a sus jefes. —Baja la voz una octava, el tono de la advertencia es serio—: Pero ni una foto. Ya saben que es ilegal. Aquí, los únicos autorizados para documentar el proceso... somos los que llevamos las manos manchadas. De sangre. —Los mira, retándolos—. De este muerto.

El bisturí se desliza, una vez más, cortando piel y silencio, mientras Santi se sumerge de lleno en su trabajo, dejando a los presentes tragándose la incomodidad.

La tranquilidad dura poco.

Munárriz tararea «Only the Strong Survive», colocando de manera inconsciente las cuerdas vocales para agrietar la voz como su amado Springsteen, mientras hurga en la cavidad torácica del magnate. Sabe exactamente dónde quiere llegar, y sus manos se mueven con la precisión y la calma metódica, casi ritual, de quien ha hecho esto cientos de veces.

Los corazones también envejecen. También se cansan de bombear mentiras.

Para retirar el de Manso tiene que actuar con especial cuidado. Tras seccionar un par de costillas más, realiza una incisión en el pericardio y el órgano queda a la vista. De la aurícula derecha asoman un par de cables muy finos que recorren el interior de la vena cava superior hasta la subclavia. Allí conectan con un pequeño generador de impulsos que, unos meses atrás, un cardiólogo había acomodado bajo la piel del empresario, cerca de la clavícula.

Carlos Manso lleva un marcapasos. Uno de los más caros del mercado.

—¿Y eso? —pregunta uno de los presentes.

Santi levanta la vista.

—Aprendan a esperar. Las respuestas llegan cuando deben.

Desconecta la batería y secciona los cables, con sumo cuidado para no dañar las estructuras cardíacas. Ahora ya puede tirar del marcapasos y arrastrar suavemente los conductores que lo conectaban con el corazón. Observa el artificio con detenimiento antes de guardarlo en una bolsa de plástico que después marcará con una etiqueta. Una vez extraída la parte mecánica, corta los grandes vasos sanguíneos que mantienen el corazón todavía adherido al cuerpo, dejando que el órgano ceda bajo su peso, finalmente libre. Lo extrae y lo coloca en la balanza: quinientos treinta y siete gramos, mucho más de lo habitual. A simple vista percibe la hipertrofia cardíaca, un engrosamiento de las paredes causado por la hipertensión, el estrés crónico o los dos factores a la vez.

Santi se inclina de nuevo sobre el cadáver, ignorando los murmullos. Bajo la luz blanca y fría, los secretos de Manso comienzan a desenredarse. Como canta Springsteen, solo el más fuerte sobrevive, pero ni el más fuerte puede burlar a la muerte.

—No comentas nada. —La voz incómoda de uno de los asistentes resuena de nuevo en la sala.

Malditos pesados.

—Nada, ¿de qué? —le responde, mientras vuelve a hurgar en la cavidad torácica del cadáver.

—Pues de cómo va todo. De qué contemplas en el cuerpo, qué vas encontrando.

—Yo no comento, ni contemplo, ni pierdo el tiempo. —Hace una pausa para levantar la cabeza y mirarlos, uno a uno—. Yo trabajo. Con mis manos y mi cabeza. Lo que necesiten lo leerán en mi informe. Pueden llamar a sus jefes para decírselo. O quedarse aquí aprendiendo de anatomía humana. Pero no me pregunten a mí, pregúntenle a Google, y en silencio. Por favor. Y ahora, déjenme hacer mi trabajo.

En aquella sala, los secretos que Manso no confesó en vida están siendo diseccionados uno a uno, bajo la luz blanca, hasta que no quede nada por ocultar.

«Only the Strong Survive», vuelve a la música, ignorando todo lo que tiene alrededor, excepto el cadáver. Springsteen tiene razón, piensa. Solo el más fuerte sobrevive.

Pero ni siquiera el más fuerte puede esconderse para siempre.

Tras la autopsia de Manso, Santi llega a casa agotado. Es un cansancio extraño. Tiene mucho que digerir todavía. No sabe cómo sentirse.

Nada más abrir la puerta, oye lo único por lo que vale la pena vivir.

Es un estallido breve, un burbujeo de sonido que no tiene palabras, pero dice todo: papá ha vuelto. Un canto primitivo, feliz, perfecto. Emma corre por el pasillo hacia él. Su cuerpo entero se abre en un chillido de júbilo. Grita de felicidad, como gritan los niños cuando el mundo aún les cabe entero en los brazos. Tiene dos años y tres meses y ya es una luz imposible de parar.

Tras ella, Blanca, la mujer que la cuida cuando él no puede.

—Gracias por quedarte todo el sábado —le dice—. He tenido una autopsia difícil.

—¡Ay! No me hables de esas cosas de tu trabajo —contesta la mujer, sacudiéndose la mano frente a la cara—. Yo no quiero saber nada de muertos. Aquí te dejo a la reina del universo. Que se ha portado fenomenal.

Santi coge en brazos a su hija y la llena de besos. Es igual que su madre.

Berta.

¡Dios, cómo la echa de menos!

Tiene tantas cosas que contarle. Tanto que compartir. Y tanto perdón que pedirle...